

Retorno del exilio

JOSEP OTÓN

El pueblo hebreo se vio condenado a un trágico destierro tras la conquista del reino de Judá por parte de los ejércitos del rey **Nabucodonosor**. Miles de judíos fueron deportados a Babilonia donde experimentaron la amargura del exilio. Tuvieron que renunciar a su estilo de vida, a sus costumbres, a sus instituciones. Pero, sobre todo, se sintieron huérfanos porque las tropas invasoras destruyeron el Templo de Jerusalén, el lugar de la presencia de Dios. Sin el culto oficial se sentían desamparados, privados del favor divino. Décadas después, a su regreso, tras ser liberados por el rey **Ciro el Grande de Persia**, se dispusieron a reconstruir el Templo. La crisis del coronavirus ha dejado a millones de católicos sin la posibilidad de asistir a la celebración de la Eucaristía. Un auténtico exilio.

A la espera de una vacuna, no ha habido más remedio que el aislamiento social. El confinamiento ha alterado la vida cotidiana de la humanidad entera. Ha paralizado la economía. Nos ha separado de nuestros amigos y familiares. Ha interrumpido multitud de proyectos. Ha dado al traste con muchas expectativas. Y la religión también se ha visto afectada. Ahora bien, el destierro del pueblo judío le sirvió para purificar su fe; para superar la tentación del ritualismo externo y forjar una religión interior, más espiritual, con mayor implicación personal. Estos días, con la desescalada, se reanuda el culto en las iglesias. Ha llegado el momento para los creyentes de cosechar los frutos. Una travesía del desierto, un ayuno, un exilio interior, una experiencia de purificación capaz de hacernos redescubrir el valor de la dimensión celebrativa y sacramental de la fe. *

